

En vista de esto el asunto quedó por entonces como estaba (*in statu quo*); pero el agente armenio no descansaba. En el otoño del año 1703 presentó un mapa de Armenia con una explicación en que se demostraba hasta la evidencia, que la toma de la fortaleza de Erivan sujetaría a todo el país a la dominación de Rusia; que en la Anatolia había muchísimos griegos y armenios, y que desde allí el camino conducía directamente a Constantinopla.

Oriah poco después salió de Rusia con objeto de trasladarse a la corte del emperador, y ver a los príncipes electores de Baviera, en cuyo punto pensaba ajustar fabricantes de armas para Armenia. El año 1707 salió para Persia pasando por Moscú en calidad de embajador del papa y falleció durante el viaje en Astrakan.

No terminaron con lo expuesto las relaciones con Armenia, pues posteriormente volvieron a presentarse en Rusia emisarios armenios, personas de carácter muy sospechoso, aventureros, caballeros de industria, agitadores y espías.

Era pues muy grande el número de simpatizadores de Rusia en el imperio turco y en Persia: hasta los tártaros no-gais pidieron que en su día se les permitiese formar entre los vasallos del Czar.

Pero por parte de Rusia hubo gran circunspección; pues aun cuando el Czar en el año 1704 al recibir buenas noticias de Turquía exclamó en una ocasión: «El partido de Dios es aun mas grande que todos los demás,» y a pesar de que no le faltaron bellas frases y expresiones cordiales en sus cartas a los príncipes de la Iglesia de Oriente, no quiso aventurar todavía nada decisivo. Entre tanto tuvo gran cuidado de enterarse del estado de los asuntos en el Oriente, recibiendo al efecto con benevolencia todas las noticias procedentes de aquellas vastas regiones. A esto se debe que el Czar escribiera una carta a Brankowan, hospodar de Valaquia, el año 1705, en la cual le daba las gracias por su celo y le animaba a que siguiera trabajando y le enviase de tiempo en tiempo mensajeros que le pusiesen al corriente de todo. Golowin escribió asimismo a Bucharest el año 1707, y volvió a mencionar las simpatías del Czar por los cristianos de los Balcanes (1).

Pero llegó el tiempo de obrar, después de la batalla de Poltawa; cuando ya no fue posible impedir por mas tiempo el rompimiento con Turquía, los rusos fijaron toda su atención en los rumanos, serbios y montenegrinos.

Concluyóse en primer lugar un tratado entre el Czar y el hospodar de la Valaquia, Brankowan, el cual, manifestamente decidido, colocó en seguida su fortuna particular en bancos extranjeros y se obligó a ponerse de parte de Rusia en caso de una guerra entre esta potencia y la Puerta, a sublevar a los serbios y a los búlgaros, a poner en pie de guerra un ejército auxiliar de 3,000 hombres, y finalmente a proveer de víveres al ejército ruso. La Valaquia, a su vez, sería elevada a principado independiente bajo el protectorado de Rusia. A Brankowan se le condecoró con las insignias de la orden de San Andrés.

Al mismo tiempo Rakowitz, hospodar de Moldavia, se ofreció a apoderarse del rey de Suecia tan pronto como supo que Carlos XII se proponía trasladar su residencia de Bender a Jassy, acompañado de un escuadrón de caballería ligera, que Pedro había de darle para escolta; pero los turcos supieron las maquinaciones del hospodar, y aunque este huyó precipitadamente, fué capturado y encerrado en las

(1) Actas tomadas del archivo de Bucharest por Kogalniceano, *Fragments tirés des chroniques Moldaves et Valaques*, citado por Kotschubinsky en su disertación «Relaciones de Rusia con los eslavos del Sur y rumanos en tiempo de Pedro el Grande,» inserta en la Revista de la sociedad de Historia y antigüedades de Moscú («Tschtenija»), 1872, II, 21.

Siete Torres. El 25 de enero de 1710 fué nombrado hospodar de Moldavia, Maurocordato.

Estrecháronse también a la sazón las relaciones de Pedro con los serbios. No sin fundamento escribía el baron Urbich el año 1707, que se abrigaba en Viena el temor de que el Czar haría causa común con los serbios de la Iglesia griega-ortodoxa, residentes en Hungría. En mayo de 1710 se presentó en Moscú un comisionado de los serbios austriacos, llamado Bogdan Popowitz, portador de una carta, en que se suplicaba al Czar se dignase acoger a los serbios que aun gemían bajo el yugo extranjero. Al comenzar la guerra con Turquía, 19,000 serbios se propusieron reunirse con los rusos; pero Brankowan, que en el intermedio había hecho traición al Czar, no les permitió el paso por el Danubio.

Era natural que Pedro, convencido de que era inevitable la guerra con la Puerta, contase con tales alianzas. El 6 de enero de 1711 apareció un memorandum escrito en latín, en el cual pintaba el Czar la actitud y el proceder de la Puerta para con Rusia, y demostraba claramente la justicia de su causa. En el título de la proclama se daba a la guerra emprendida por parte de Rusia el carácter de acto de defensa, al paso que se señalaba al Sultan como perturbador de la paz. Seguía la proclama haciendo mención del yugo bajo el cual gemían los griegos, válicos, búlgaros y serbios. Por primera vez Rusia publicó de una manera solemne y oficial, que no era insensible a los lastimeros y penetrantes gritos de dolor que llegaban a sus oídos de la península de los Balcanes.

Nada se hablaba de los montenegrinos en el citado documento, pero precisamente se preparaba Pedro a entablar negociaciones con ellos en el momento en que principiase la guerra. Un agitador oriundo de la Herzegovina, de nombre Ssawa Wladisslawitz, llamó la atención del Czar sobre este punto. Conocía a los montenegrinos, tenía amistad con el metropolitano Danilo, jefe supremo de aquel Estado teocrático, y se presentó a la sazón en la primavera de 1711 como emisario del Czar en el Montenegro, donde hizo propaganda del manifiesto de Pedro, en el cual excitaba a todos a que tomasen parte en la guerra contra los turcos.

El metropolitano Danilo no era nuevo en la lucha; pues el año 1702 había caído en manos de los turcos, estuvo a punto de ser empalado, fué repetidas veces atormentado, y debió su libertad a una crecida suma de dinero que dió por su rescate. Por consiguiente para él podía decirse que sonaba la hora de la venganza. En el invierno de 1702 a 1703 hizo correr un río de sangre de los turcos que habían ido a Montenegro, y después estuvo pronto a hacerse aliado de Pedro.

El Czar se sirvió de una retórica de gran efecto para estos pueblos: en los manifiestos se comparaba a los turcos con los lobos, que asaltaban los rebaños de los cristianos, y presentaba la dominación de los turcos como falta de todo fundamento racional. El Czar se gloriaba de haber «conquistado todo el territorio del mar Báltico,» y de haber aniquilado el poder de los suecos. Refería cómo la declaración de guerra por parte de los turcos lastimaba visiblemente todo derecho, por cuya razón excitaba a todos los cristianos de los Balcanes a que, emulando las hazañas de sus gloriosos antepasados, se levantasen con él contra el enemigo común.

Además de Ssawa Wladisslawitz, se trasladaron al Montenegro otros agentes del Czar, dos serbios, el coronel Miloradowitz, el capitán Lukaczewitz y un capitán de marina llamado Arkulei (2). No les fué difícil lograr que este pueblo,

(2) El año 1721 se quejaron los montenegrinos de que Arkulei había sacado dinero de dos monasterios de Montenegro el año 1711, y lo había empleado en objetos de ningun valor. Véanse las actas en el «Archivo ruso,» I, 875, III, 310-312.

deseoso de la lucha, se entusiasmará con la guerra. Los discursos de Danilo, en los que indicaba como una honra el aliarse con el Czar, produjeron buen efecto, y el país en masa se puso en movimiento.

En marzo de 1711, cuando Pedro fué a la Galitzia, se concertó con el nuevo hospodar de Moldavia, Kantemir, sucesor de Maurocordato, destituido por consejo del Khan de Crimea. Kantemir, enemigo implacable de Brankowan, debía ayudar a derribar a éste. El gobierno turco tenía plena confianza en él; pero, según decían, tan pronto como llegó a Jassy se puso de acuerdo con Pedro, sirviendo al efecto de intermedio Ssawa Wladisslawitz. Para saber con la mayor exactitud posible los propósitos de la Puerta, pidió permiso al Visir para entrar en relaciones con los rusos, y hacer el papel de traidor. Varias personas que tuvieron conocimiento de estos manejos hicieron notar que Kantemir quería enganar al Czar y a la Puerta con este doble juego.

En enero de 1711 notificó Kantemir al Czar, que cuando comenzaran las operaciones militares, pondría a disposición de los rusos 20,000 hombres de caballería moldava; pero hasta la aproximación del ejército ruso obró con tal ambigüedad, que parece que quiso reservarse la libertad de acción hasta el último momento, con la mira de seguir el partido ruso ó el turco según las circunstancias. Repitióse la serie de intrigas, que dejamos consignada al hablar de la traición de Mazeppa. Representantes de pequeños Estados vasallos podían llegar fácilmente a encontrarse, según las circunstancias, en una posición tan falsa, que necesitasen echar mano de este mentir sistemático, como medio de salvación momentánea. En la misma Moldavia los mas principales boyardos no se fiaban del príncipe para que nadie pudiese penetrar sus miras particulares.

En el pequeño territorio de Yarosslawff (en la Galitzia) se concluyó el tratado entre Pedro y Kantemir (13 de abril de 1711), y en su virtud la Moldavia había de pasar a la dominación del Czar, conservando sin embargo una serie de privilegios, como elegir libremente los hospodares y no pagar impuestos al gobierno de Rusia. Los rusos no habían de ocupar cargo alguno en la Moldavia, no podrían adquirir bienes inmuebles, ni casarse con moldavas; el Czar no tendría derecho a remover el hospodar, ni ningun otro funcionario, y por fin nunca habría de concluir con Turquía tratado alguno de paz por cuya virtud la Moldavia hubiera de someterse otra vez al yugo de los turcos.

Como se ve, la futura dependencia en que la Moldavia había de estar respecto de Rusia era meramente nominal, pues de hecho sería un Estado completamente independiente. Pero Pedro consiguió por el tratado una ventaja estratégica, aunque momentánea, para la guerra con la Puerta, y para el porvenir cierta consideración teórica entre los cristianos de los Balcanes. En un acuerdo privado entre Pedro y Kantemir expuso este último a su consideración la posibilidad del mal éxito de la empresa. En el caso de que Pedro se viese obligado a firmar una paz desfavorable con la Puerta, se le habían de dar a Kantemir casas y propiedades, amén de una pensión anual en Rusia, donde tendría el derecho de elegir a su voluntad el punto de su residencia. Bien se ve que el hospodar sabía mirar por sus intereses personales. Que el porvenir de la Moldavia estuviese pendiente del azar y que con su sistema secreto de intrigas jugara el todo por el todo en lo concerniente al país, eran cosas de poquísima importancia para Kantemir.

Así, pues, Pedro, adquiriendo relaciones entre los súbditos del Sultan, cuando la lucha era inminente, se preparó para

la guerra. Estaba en aquel tiempo enfermo y melancólico. En abril escribió desde Polonia a Menschikoff, diciéndole que el éxito de la guerra era incierto, y a Apraxin, que le pedía instrucciones, le contestó que no podía darle consejo alguno, pues estaba aun débil a causa de la enfermedad sufrida, que no se había podido formar juicio cabal acerca de las circunstancias y que dudaba del éxito (1).

Desde el principio llevaron, sin embargo, los rusos la mejor parte, pues rechazaron una invasión del Khan victoriosamente. Menschikoff supo que en Constantinopla cundía el desaliento. Al ponerse en marcha el ejército turco, se levantó una tempestad que desgarró el estandarte de Mahoma, que precedía a los genizaros, y rompió la lanza a que estaba sujeto.

Durante la marcha de los rusos al través de la Galitzia, hubo muchas fiestas en obsequio de la esposa de Pedro, la cual tomó parte en la campaña. En Jaworoff hubo bailes; en Iarosslawff tuvieron una entrevista Pedro y Augusto, y el 30 de mayo firmaron un tratado, por virtud del cual Augusto había de poner a disposición del Czar un cuerpo de ejército para la guerra con Turquía.

En Jaworoff se presentó el enviado de la corte de Wolfenbüttel, llamado Schleinitz, para ponerse definitivamente de acuerdo en lo concerniente al matrimonio del Czarewicz. Por la relación que escribió nos consta que Pedro se ocupaba entonces en el exámen de instrumentos matemáticos y en el estudio de los planos de sitio de varias ciudades, los cuales estaban sobre la mesa. Pedro celebró una larga entrevista con Schleinitz, que versó sobre la guerra inminente con Turquía y sobre el estado de su ejército. «No puedo encarecer bastante a Vuestra Alteza, escribía Schleinitz a Antonio Ulrich, la claridad de juicio y la discreción con que el Czar habló de todas estas materias.»

Que el Czar contaba con el movimiento de los cristianos de los Balcanes, nos consta por su carta de 22 de abril de 1711 a Scheremetyeff, en la cual excitaba al general y a su ejército a que se dieran prisa: «Ahora, escribía Pedro, recibimos cartas de todos los cristianos, en las que nos piden por Dios que tomemos la delantera a los turcos, en lo cual ven una ventaja decisiva; que si andamos titubeando, las dificultades serán luego diez veces mayores y podremos perderlo todo.» «Solo en el caso de que el ejército ruso, añadía el Czar, penetre lo antes posible en las provincias del Danubio, podremos esperar el levantamiento anunciado de los moldavos, válicos, serbios, búlgaros y demás cristianos, igualmente que su incorporación al ejército ruso; entonces podrá ser fácil que haya disensiones en la mayor parte del ejército turco, y el Visir no pasará el Danubio. En el caso contrario, este obligará a los dos hospodares a que peleen a su lado contra los rusos; los cristianos no se arriesgarán a levantarse, y solo una batalla felizmente ganada podría sacarnos de apuros.»

Scheremetyeff recibió además orden de no escasear los regalos durante su marcha por las provincias danubianas, de pagar bien todos los víveres, guardar toda clase de consideraciones a los habitantes, é influir por medio de manifiestos en el ánimo de los tártaros de Akkerman y Budshak (2).

Abriábanse, pues, grandes esperanzas. En Polonia corrió el rumor de que Pedro se proponía fundar un gran «imperio oriental»; por cuya razón el Czar protestó enérgicamente contra estas habillitas, aprovechando la ocasión de celebrar el tratado de Jarosslawff con el rey Augusto. No pudo ocuparse en la nueva organización política de la península de los Balcanes. El esperado levantamiento de los eslavos y los

(1) Véase la carta en Ssolowieff, XVI, 74. En la dirigida a Apraxin dice literalmente «estando en la desesperación;» mas por el lenguaje usual de entonces puede tener el sentido que hemos dado en el texto.

(2) Hoy gobierno de Besarabia y Quersoneso.

rumanos le pareció que le serviría desde luego únicamente como medio estratégico para vencer á Turquía.

Un contemporáneo, Juan Perry, alabó la prodigiosa celeridad de la marcha de los rusos; sin embargo, no fueron ellos los primeros que llegaron al término de la carrera, cuya meta eran las orillas del Danubio, sino los turcos. El Czar recibió con grandes muestras de júbilo la noticia de que Scheremetyeff había entrado en Jassy con su ejército. Pero al mismo tiempo escribía el general diciendo que los turcos habían pasado el Danubio; y por esta razón se notaba escasez de víveres. El Czar se puso furioso con esta noticia y llenó de improperios á Scheremetyeff. Entre tanto había llegado al Dniester con el ejército principal y estaba á punto de atravesar el río. Es preciso, cueste lo que cueste, procurarse víveres para todo el ejército, fué la orden que dió Pedro á Scheremetyeff en una carta.

Un testigo ocular da cuenta detallada del consejo de guerra que se celebró á orillas del Dniester, en el cual los más prudentes, que eran algunos generales extranjeros, expusieron los peligros que amenazaban si se continuaba el avance; recordóse al efecto el ejemplo de Carlos XII, que por internarse demasiado en campo enemigo, lo perdió todo, y que á la sazón importaba mucho evitar una falta semejante. El general Ronne y los generales y ministros rusos opinaron que se debía avanzar.

El 24 de junio llegó Pedro al Pruth al frente de su ejército y al día siguiente salió para Jassy, donde fué recibido por Kantemir. Desde luego se convenció Pedro de que tenía que habérselas con un hombre de capacidad nada común. En Jassy se presentó un griego procedente de la Valaquia llamado Tomás Cantacuzeno, portador de la noticia de que el pueblo válico en masa estaba á las órdenes del Czar, y que solo aguardaba la llegada de los rusos para levantarse contra los turcos; manifestó asimismo que Brankowan no estaba dispuesto á hacer causa común con el Czar, por cuya razón él había salido en secreto para avistarse con Pedro y participarle lo que ocurría (1).

Muy pronto se vió que aquellos hospedadores eran aliados en quienes no se podía tener confianza alguna. La ambición de honores personales y el deseo de venganza que animaban á los adversarios Kantemir y Brankowan fueron los móviles de sus acciones. Es imposible orientarse en el caos de falsas delaciones y en la doblez de los rumanos, que tan pronto estaban en inteligencia con los turcos como con los rusos. De todos modos estas perniciosas delaciones hicieron en extremo peligrosa la situación de Pedro en las provincias del Danubio. El Czar se había arriesgado demasiado pronto á promover la insurrección de elementos tan sospechosos y que obraban movidos por los menores motivos, y esta confianza le iba á costar cara.

Mientras tanto no cabe duda alguna de que por parte de los turcos había gran desaliento. Durante la permanencia del Czar en Jassy el Sultan pidió la paz por medio del hospodar de Valaquia Brankowan, y el 25 de junio se presentó en la residencia del Czar un delegado de Brankowan, que en nombre del Sultan trató de entablar negociaciones pacíficas. Pedro se negó á entrar en estas negociaciones, como él dijo, «ya porque no creía en la sinceridad de tales ofertas, ya porque no quería dar alas al enemigo si accedía á ellas (2).» Así

(1) Así lo refieren Ssolowiewf, XVI, 88, con documentos rusos, y Kotschubinsky muy detalladamente con documentos moldavos (pág. 50-60). Parece destituida de todo fundamento la noticia de que al notificar Brankowan al Czar la alianza, quiso este matar con sus manos al embajador del Hospodar (véase Hermann, IV, 267).

(2) Véase la descripción oficiosa de los acontecimientos del Pruth en la colección legislativa, núm. 2410. Aquí no se lee que la Puerta hubiese

las cosas se resolvió á enviar una división del ejército á la Valaquia con objeto de llevar á cabo el levantamiento de aquella provincia y avanzó hasta el Pruth, donde bien pronto sobrevino la catástrofe. El ejército ruso que contaba con unos 30 á 40,000 hombres fué cercado y destruido por otro de turcos y tártaros, que era por lo menos cinco veces mayor.

Pedro se había internado mucho en territorio enemigo. En su Diario leemos lo siguiente: «Aunque era peligroso atender á estas súplicas por falta de víveres, era sin embargo cosa de arriesgarse por no reducir á la desesperación á los que necesitaban y pedían auxilio.»

Pero el Czar se malquistó pronto con una parte de estos «cristianos». Sus cartas dirigidas á Brankowan mandándole en tono amenazador que enviase víveres, ocasionaron un rompimiento formal con el hospodar de Valaquia. Brankowan, que, conforme á lo acordado, estaba en el deber de auxiliar á las tropas rusas tan pronto como estas se presentaran en el territorio de su mando, contestó al Czar que en vista de que los rusos no llegaban, rompía sus relaciones con ellos. En seguida al frente de sus tropas fué á reunirse con el ejército del Gran Visir, y puso á su disposición las provisiones que estaban destinadas para los rusos: por esto los turcos nadaban en la abundancia, al paso que los rusos carecían de lo más necesario. Kantemir podía ayudar muy poco en atención á que la plaga de la langosta había invadido la Moldavia.

Entre tanto el Visir, enterado por un traidor del campamento de Kantemir, el griego Lupu, se dispuso á atacar sin pérdida de tiempo.

El 8 de julio ocurrió el primer encuentro en el cual las inexpertas tropas moldavas retrocedieron; los rusos pelearon con valor y conservaron sus posiciones. En la noche siguiente decidieron emprender la retirada, durante la cual el ejército ruso fué atacado de nuevo en la tarde del 9 de julio; pero las tropas rusas lograron mantenerse á pié firme y ocupar una fuerte posición.

La situación de Pedro y de su ejército era desesperada; faltaban provisiones, y no había que pensar en poder abrirse paso al través del ejército enemigo, muy superior en fuerzas. Era preciso ver de entrar en negociaciones, las cuales había esperanza de que no serían infructuosas, en atención á que se sabía por los prisioneros turcos que reinaba el descontento en el campo del Visir. Los genizaros, que habían sufrido inmensas pérdidas en los encuentros con los rusos, se negaban á continuar la lucha.

El hetman Ivan Nekulcze refiere en sus «Sucesos memorables», que el Czar le preguntó si le sería posible conducirles secretamente á él y á Catalina al través de las filas del ejército enemigo, pues pensaba encargar el mando superior del suyo al mariscal Scheremetyeff y á Kantemir. Nekulcze declinó el encargo de llevar á cabo empresa tan arriesgada, porque, si sucedía un fracaso, pesaría sobre él inmensa responsabilidad. El Czar había concebido ya este proyecto en la noche del 8 de julio (3).

Así las cosas, Pedro permaneció en el campamento. La relación tomada de documentos moldavos sobre el deseo manifestado por Pedro de ponerse á salvo él y su esposa, no es en sí increíble; sin embargo, no está confirmada por otros datos. En este punto, lo mismo que en el episodio de la noche anterior á la batalla de Narwa, en que Pedro abandonó su ejército, aun cuando quisiéramos dar todo el crédito posible á Nekulcze, nos encontraríamos ante un problema

ofrecido al Czar «todo el territorio hasta el Danubio», como refiere Kotschubinsky, pág. 61.

(3) Fragmentos tirés des archives Moldaves et Valaques, en Kotschubinsky, pág. 64.

psicológico, á cuya cumplida solución tendríamos que renunciar. No cabe duda de ningún género, que Pedro comprendía que la situación sería muy distinta si el ejército se veía en el duro trance de capitular con los turcos estando el Czar presente ó ausente.

El que se hablara por incidencia de tal proyecto de salvación en los momentos en que arreciaba el peligro, parece menos inverosímil que el que se estampara repetidas veces en todos los libros que tratan de Pedro la leyenda de la pretendida hazaña del Czar, según la cual escribió al senado diciendo que él en unión de su ejército estaba perdido, que iba á caer en poder de los turcos, que en tal caso, mandaba que no se le tuviese ya como Czar, ni se obedeciesen las órdenes que diera en lo sucesivo, y que en el caso de morir, eligieran por sucesor al más digno de los senadores.

Toda esta narración, en la cual se hablaba del heroico sacrificio de sí mismo, y que suministraba la prueba de que Pedro «solo pensaba en la salvación y bienestar de la patria», ha sido inventada en tiempos posteriores y relegada á las regiones del mito (1). Exponer á Rusia á los desórdenes que pudieran sobrevenir con motivo de la elección de Czar, no hubiera sido la «salvación» del imperio. El mostrarse de carácter tan débil, hasta el punto de que el caer prisionero de los turcos pudiese dar margen á tales órdenes que perjudicasen los intereses del Estado, no estaba en armonía con la índole y el modo de ser de Pedro, mucho menos cuando se desprende de la carta que juzgaba verosímil el que su suerte, en el supuesto de que cayera en manos de los turcos, no le obligaría á acciones humillantes.

Pedro hizo repetidas declaraciones sobre este asunto, pero nunca en el sentido en que habla esta carta. Por fortuna para él, no necesitaba mostrar este pretendido «heroísmo»; tenía conciencia muy clara de sus deberes para con el Estado, para haber sido capaz de tal «sacrificio de sí mismo.» Por el afán insensato de rodear los hechos de cierta aureola, se ha atribuido al Czar una proeza al estilo de los antiguos héroes que es tan solo una invención ociosa basada en la falta de crítica y en una falsa interpretación psicológica.

(1) El rastro más antiguo de esta leyenda se encuentra en las anécdotas de Stählin, el cual aduce la narración oral del conde Schtscherbakoff. Habían transcurrido, pues, algunos decenios después del 1711, sin que apareciese esta historia. El original de la carta no se ha encontrado en parte alguna. Stählin le redactó según la narración de Schtscherbakoff, y de la obra de Stählin ha pasado á todas las literaturas. La redacción que se halla en la «Colección legislativa», IV, 712, debe referirse á esta fuente, aunque no la cita Speransky. Ustrialoff (véase su disertación en el Calendario de la Academia de Ciencias, 1859) creyó que la carta era pura invención, porque no residía en San Petersburgo, como se dice en la carta, sino en Moscú, porque las circunstancias de la expedición de la carta, según las cuenta Stählin, son imposibles: v. gr. no es creíble que el mensajero de Pedro hubiera podido llegar en nueve días desde el Pruth hasta San Petersburgo; tampoco es admisible que Pedro ya en 1711 hubiera hecho caso omiso de Alejo, como heredero del trono, cuando precisamente en aquella época se ocupaba en el conveniente matrimonio de Alejo «para el provecho, consolidación y sucesión del imperio ruso, porque aquellos, á quienes Pedro debió considerar como los más dignos—Apraxin, Menschikoff, Golowkin—nunca tomaron asiento en el senado; y finalmente, porque en las cartas auténticas de Pedro fechadas el 15 de julio y siguientes, no se menciona ni por asomo semejante carta dirigida al senado.—Witberg (Antigua y nueva Rusia, 1875, III, 256 y siguientes) examina la cuestión con detenimiento y demuestra con mucha agudeza la contradicción que existe entre la carta auténtica de 15 de julio, en la cual hablaba Pedro de las faltas que se habían cometido, y la pretendida epístola del 10 del mismo mes, en la cual manifestaba que el ejército no tenía culpa alguna de haber venido á parar á una situación tan triste. Demuestra además que la situación no era tan desesperada, y que la carta, caso de haber sido escrita, hubiera mostrado gran pusilanimidad, etc.—Ha caído por su base el empeño de Bieloff en desvirtuar los argumentos de Witberg (Antigua y nueva Rusia, 1876, III, 404).

No cabe duda que los rusos pelearon con gran valor en aquellos días. Pedro, en carta que dirigió al senado algunos días después, elogió el comportamiento de las tropas, ensalzó el gran efecto de los fusiles rusos, é hizo notar que los turcos se habían visto obligados á construir fortificaciones para refugiarse en ellas. En aquella ocasión se vió á las claras lo que los rusos habían aprendido desde la batalla de Narwa (2); y también se patentizó que, en contraposición con la habilidad mostrada por las tropas suecas en Narwa, la falta de disciplina y de capacidad militar de los turcos fué á la que principalmente debieron los rusos su salvación.

Se supo en el campamento ruso por un prisionero turco, que el Sultan había dado al Visir plenos poderes para negociar, en el caso de que no hubiera seguridad de obtener una victoria sobre los rusos. Esta circunstancia alentó al Czar á entrar en negociaciones, y al efecto, un mensajero portador de una carta de Scheremetyeff pasó al campamento turco, y manifestó que los rusos estaban dispuestos á tratar de la paz; que la guerra había estallado sin iniciativa propia del Czar ni del Sultan, sino á consecuencia de la agitación exterior, y que de este modo se evitara además el inútil derramamiento de sangre. En vista de que no se recibía contestación, envió Scheremetyeff una segunda carta con el mismo contenido que la primera, pero añadiendo que los rusos por su parte estaban dispuestos á continuar la lucha. El Visir contestó exigiendo que se enviara un parlamentario al campamento turco (3).

En su consecuencia, Schafiroff marchó al campamento enemigo en calidad de parlamentario, llevando plenos poderes del Czar para acceder á la devolución de todas las plazas turcas ocupadas por los rusos. Para el caso extremo en que se hablara de Suecia, Pedro se manifestó dispuesto á renunciar á la Livonia. Únicamente quería conservar á toda costa á Ingria por razón de Petersburgo, aun cuando esta condición hubiera de costarle la cesión de Pskoff y otras provincias rusas; y también estaba dispuesto á reconocer como rey de Polonia á Estanislao Leszczinski. Sin embargo, Schafiroff recibió la orden de ser todo lo condescendiente posible con respecto al Sultan, para que este no se interesara demasiado en favor de los suecos.

Por estas instrucciones se puede calcular la gravedad de la situación. El peligro en que el Czar se había metido podía costarle muy caro: quizá no le exigirían como rescate solo la Livonia, sino también algunas provincias rusas. El Czar se mantenía inflexible en punto á conservar su nueva creación, Petersburgo; ningún sacrificio le parecía excesivo con tal de no verse obligado á dar esta conquista en precio de su rescate.

Pero que en aquellas circunstancias no se trataba de la capitulación del ejército ruso, sino que las negociaciones puestas á la orden del día, iban encaminadas á la consecución de una paz sueco-turco-rusa, está demostrado por el hecho de que la situación de los rusos no era tan manifestamente desesperada, mientras que los turcos, por su parte, tenían una disciplina militar deplorable. No obstante, si el Visir se hubiese propuesto continuar hasta el fin la guerra, quizá se hubiera llegado á parar á un «Sedan» ruso, si bien los rusos estaban resueltos á no capitular, sino á abrirse paso con las armas en la mano, si era posible, siguiendo el curso del Pruth.

(2) Véanse en Kotschubinsky, pág. 66, pormenores de la acción militar, según la relación de Nekulcze y otros testigos oculares.

(3) En documentos de origen moldavo se refiere que el Visir, á cuyos oídos había llegado por conducto de Rönne la noticia de la toma de Brailow, dió el primer paso para las negociaciones. Ssolowiewf, cuya exposición seguimos, tuvo á la vista las actas, que se conservan en el archivo de Moscú.

Schafiroff iba investido de plenos poderes para ofrecer al Visir un regalo de 150,000 rublos, y sumas proporcionales a otros dignatarios según su jerarquía.

Pocas noticias han llegado a nosotros del total de las negociaciones que duraron dos días. Nada sabemos de si se habló en ellas de las provincias suecas y de su devolución, según afirman las relaciones de origen moldavo. También debemos poner en cuarentena la relación, infinitas veces repetida, que Catalina contrajo el principal mérito tratando de seducir al Visir (1). Sin embargo, es más que verosímil que el oro ruso hiciera en este asunto un gran papel. El delegado diplomático ruso Schafiroff consiguió su objeto con una brevedad relativa. El 11 de julio recibió del Czar plenos e ilimitados poderes, y el mismo día dió cuenta al Czar de las condiciones de paz que se habían acordado. El 12 de julio se firmó el tratado, con arreglo al cual los rusos se obligaban a devolver a Azof en el estado en que se hallaba esta plaza al ser tomada; se comprometieron asimismo a demoler a Taganrog y otras fortalezas, a renunciar a mezclarse en los asuntos de Polonia, y a dejar libre el paso al rey de Suecia. Con esto el ejército ruso podía retirarse libremente. Schafiroff y el hijo de Scheremetyeff debían quedar en rehenes en Turquía, hasta que se cumplieren al pie de la letra las condiciones acordadas en el tratado de paz.

No fueron necesarios mayores sacrificios para poner término a esta peligrosa crisis. Las conquistas hechas en la guerra con Suecia quedaron completamente intactas; y se consideró como una maravilla el poder salvarse a tan bajo precio. Un extranjero que se hallaba en el ejército ruso escribía diciendo: «Si alguien hubiera dicho en la mañana del 12 de julio que la paz iba a hacerse bajo estas condiciones se le hubiera tenido por loco. Al comenzar las negociaciones preliminares de la paz, manifestó Scheremetyeff, que el que había aconsejado al Czar dar este paso, debía ser considerado como el hombre más insensato del mundo, pero que si el Visir accedía a entrar en negociaciones, aventuraria en locura al más insensato de todos los hombres» (2).

Pedro se había familiarizado con la victoria, y por lo mismo se le hizo insoportable esta humillación. Escribió a Apraxin, y después de darle cuenta de los sucesos de los últimos días, le manifestaba que no le gustaba en manera alguna «tener que entrar en semejante materia.» En pocas palabras le indicó las condiciones de la paz y luego añadía: «así ha terminado la fiesta, en que se trataba la cuestión de vida ó muerte. Las cosas quedan así, y aun cuando es muy sensible perder estas plazas, que tantos sacrificios y tanto dinero nos costaron, todavía esta pérdida nos hace más fuertes por otro lado, que tiene una importancia mucho mayor.»

Como se ve, Pedro consideraba como punto de mayor importancia para su imperio la parte del Noroeste. Las conquistas en Oriente tenían para él menos importancia que el fortificar la posición que Rusia había tomado en frente de Europa. Menschikoff, insistiendo en estas ideas, escribió al Czar desde San Petersburgo diciéndole, que era una felicidad el que se hubiera acabado una guerra, que de continuar más tiempo, hubiera puesto en peligro la posesión tranquila de la nueva capital; que las plazas que a la sazón se habían perdido en el Sur volverían a conquistarse andando el tiempo y que esta pérdida estaba doblemente compensada, toda vez que quedaba a salvo «la que era incomparablemente más ventajosa,» San Petersburgo. Menschikoff

(1) Véase en particular a Villebois, *Memoires*, en la *Revue retrospective*, 3.^a serie, París 1838; Andreieff en su disertación *Catalina I en el Magasin* El siglo XVIII, III, 11 (Moscou 1869).

(2) *Memoires du comte de Sion*, I, 91, en Ssolowieff, XVI, 93.

añade para terminar: la residencia «en este paraíso» trocará la amargura del Czar, en «dulzura.»

Pedro volvió con su ejército a Rusia, sin obstáculos de ningún género. La cuestión estaba en si el tratado de paz se cumpliría lealmente tanto por parte de los rusos como de los turcos. Por de pronto Carlos XII era un obstáculo para el cumplimiento del tratado, pues se comprende fácilmente que estuviera muy descontento. Su tardanza en abandonar el territorio, dió pretexto al Czar para hacerse también moroso en la devolución de Azof. Schafiroff y el joven Scheremetyeff, que se hallaban como rehenes en poder de los turcos, estaban en mala situación. Por una carta de Pedro a Apraxin, fechada el 19 de setiembre, se ve lo mucho que costaba al Czar devolver a Azof. Decía en la carta que era preciso hacer definitivamente las paces con Turquía, pero que había que aguardar hasta el alejamiento de Carlos. También ordenó que se dismantelara la fortaleza de Taganrog, dejando en pie los cimientos para que después, en circunstancias propicias, se reconstruyese con menos trabajo. En otra carta a Apraxin le mandó levantar planos y croquis de la fortaleza de Azof, tomando cuidadosamente todas las dimensiones para el caso de tener que abandonar la plaza.

Entre tanto los dignatarios turcos tuvieron que sufrir las consecuencias de la paz; pues los enemigos del Visir hicieron llegar a oídos del Sultan, que para concluir el tratado, habían llegado al campamento turco carros cargados de oro que habían enviado los rusos. A consecuencia de esta noticia Baltadschi fué desterrado a Lemnos, y varios dignatarios, que habían intervenido en la celebración de la paz, sufrieron la última pena (3).

La situación era amenazadora, y como la permanencia de las tropas rusas en Azof excitaba la indignación de los turcos, se declaró de nuevo la guerra. Schafiroff necesitó desplegar toda su habilidad diplomática para que no se llegara al extremo, y en su carta al Czar se quejó con insistencia de las intrigas del embajador francés, el cual no cesaba de proceder de acuerdo con Suecia y de excitar a la Puerta a que rompiera con Rusia. Los turcos llegaron hasta pedir como garantía de las intenciones pacíficas de los rusos la cesión de una parte de la Pequeña Rusia. Pedro tuvo que ceder: Azof fué entregada y Taganrog dismantelada. Así las cosas, se firmó el tratado de paz definitivo en Andrinópolis el 24 de junio de 1713, mediando al efecto los representantes de Holanda é Inglaterra (4).

Los eslavos meridionales y los cristianos de los Balkanes aliados de Rusia tuvieron que padecer mucho. No sin razón había suplicado Kantemir al Czar que no hiciera las paces; pues él mismo en unión de muchos moldavos tuvo que trasladar su residencia a Rusia y su país fué devastado a sangre y fuego.

Los montenegrinos, excitados por el metropolitano Danilo y por Miloradowitz, habían roto las hostilidades contra los turcos, en unión de los servios que habitaban en las cercanías. En esto llegó la noticia de haberse celebrado la paz en el Pruth, y los montenegrinos por su parte hicieron la paz con los turcos. A partir de esta fecha las relaciones entre aquellos y Rusia tomaron consistencia, y en las canciones heroicas fué celebrado Pedro por los montenegrinos. El año 1715 llegó a San Petersburgo el metropolitano Danilo a pedir auxilios para la guerra contra Turquía y recibió una suma de dinero, gran número de retratos del Czar y manifiestos de éste para los habitantes del Montenegro.

Los griegos no habían tenido participación inmediata en

(3) Hammer, según documentos de origen turco, VII, 160-161.

(4) Véanse muchos detalles sobre estas negociaciones en las cartas de Schafiroff y de Tolstoi copiadas por Ssolowieff, XVI, 104-129.

estos sucesos, pero el giro que había tomado la guerra de Oriente les impresionó dolorosamente. Un griego de Atenas, que marchaba por el camino de Wolfenböttel en dirección a la península de los Balkanes, al llegar a Viena supo el desastre sufrido por el Czar. Había querido alistar por su cuenta un cuerpo de unos 1,000 voluntarios griegos para ir a la guerra contra los turcos, y se quedó como anonadado al saber lo ocurrido, añadiendo que en tal caso todos los griegos que habían puesto su esperanza en el Czar, estaban perdidos.

El Czar había declarado que después, cuando se presentara la ocasión, podrían repararse las pérdidas últimamente sufridas; que él quizá no viviría hasta la reconquista de Azof ni para hacer ulteriores adquisiciones en el Sur; pero las relaciones iniciadas con los cristianos de los Balkanes habían de hacerse estables en su tiempo. Gran número de moldavos, válacos y servios entraron al servicio de Rusia. Kantemir y los que le siguieron representaron un papel muy importante en aquel país. Tomás Cantacuzeno, como general ruso, contribuyó en gran manera a arraigar las relaciones con los eslavos del Sur, los rumanos y los griegos, y la solidaridad de Rusia con estos pueblos quedó establecida de un modo permanente. La cuestión eslava planteada desde los tiempos de Jury Krishanitz entró en una nueva fase en la época de Pedro, y debía ir ganando importancia siempre creciente cuando se tratara de resolver la cuestión oriental. Correspondiendo a las intenciones de aquel publicista ruso de mediados del siglo XVII, los eslavos dirigieron sus miradas al Czar y le pidieron auxilio; pero en aquella ocasión no pudo ayudarles. Jury Krishanitz excitó al czar Alejo a cuidarse ante todo del desarrollo moral é intelectual de los eslavos, y en este sentido se hizo algo en los últimos años del reinado de Pedro. Después de celebrada la paz de Rystad, el arzobispo servio Moisés Petrowitz llegó a Rusia con objeto de felicitar al Czar, a quien dió el nombre de nuevo Tolomeo, y le rogó se dignara enviar maestros y libros a los países eslavos, viniendo a ser por este medio un apóstol de aquellos pueblos. Pedro envió libros espirituales para veinte iglesias, 400 abecedarios, 100 gramáticas y dos maestros, a quienes pagaba.

A manera de episodio, como un intermedio que casualmente interrumpe el sistema de la política de Pedro en el Báltico, aparece la guerra turca del año 1711 en la historia de la política exterior de Rusia durante la guerra del Norte. Pedro, comenzó su carrera en el terreno de la política exterior con la cuestión oriental. Había adquirido a Azof, y aspirado a lograr la libre navegación del Ponto (mar Negro). Después de la crisis del Pruth, pudo parecer que las conquistas del Sur, llevadas a cabo en los años de aprendizaje de Pedro, habían sido inútiles. Mientras sentaba su pie cada vez con más fuerza en el mar Báltico, mientras el poder de Rusia penetraba como una cuña en lo más hondo de las relaciones con la Europa occidental a consecuencia de las ventajas obtenidas en la guerra con Suecia, perdía Pedro en el Sur los puntos de la costa a cuya adquisición y sostenimiento había dado tanta importancia. Y sin embargo, fueron incalculables las ventajas en poder é influencia que obtuvo el Czar en esta guerra, que le ocasionó la sensible pérdida de Azof; pues a pesar del desastre conservó su aureola entre los cristianos de los Balkanes. A la importancia diplomática que Pedro alcanzó en el Occidente de Europa merced a sus victorias, y la cual en unión de las conquistas territoriales de la guerra del Norte fué considerada como el resultado más importante de la misma guerra, correspondió en el Sur la extensa red de activas relaciones de Rusia con los que, correligionarios y oriundos de la misma estirpe, gemían bajo el yugo turco, y hasta con los avasallados por el cetro austriaco.

CAPITULO IV

RELACIONES CON ASIA

La posición media ocupada por Rusia entre el Oriente y el Occidente, obligó al Czar a hacer inauditos esfuerzos por dirigir un ataque contra Turquía, aun en medio del calor de la guerra con Suecia. Repetidas veces llamó también la atención de Pedro el Oriente asiático. Aun antes de la paz del Norte revolvía en su mente vastos proyectos relativos al Oriente. Consideraba preciso cumplir la misión de implantar dentro del Asia la cultura europea a la sazón adquirida y la que con el tiempo se fuese adquiriendo, pagar la deuda contraída con la Europa occidental por el donativo de superior civilización hecho por ella, comunicando al Oriente prehistórico las ventajas de los adelantos y ciencias de Europa. Rusia debía penetrar al interior de Asia para asegurar los resultados obtenidos en sus relaciones con Europa. El dominio de varios territorios situados al Este parecía cosa necesaria para poder cerrar las muchas puertas que estaban francas a los pueblos nómadas de Asia. Sin la posesión por parte de Europa de aquellas entradas de Asia a Rusia, podía esta transformarse de nuevo en territorio semi-asiático. Ya que Rusia había seguido las enseñanzas de Europa, debía desde luego poner una barrera a las futuras invasiones de los bárbaros de Asia, así como avanzar hacia el Oriente sirviendo de vanguardia a la civilización europea, y ambas cosas intentó Pedro con el mayor éxito.

Quando Ivan IV tomó a Kasan y Astrakan, dijeron los nogais del Sudeste de Rusia: Si el Czar se mezcla en nuestros asuntos, estamos todos perdidos. Él ha conquistado todo el Volga hasta su embocadura. Se apoderará también de todo el Ural, de Schemaja, de Derbent, y todos nosotros vendremos a ser sus vasallos. Nuestros libros dicen que todos los príncipes del islam se someterán algún día al Czar de Rusia. Entonces los Khanes de Sciva y de Bukara trabaron relaciones diplomáticas con Rusia para asegurar sus negocios comerciales, y ya comenzaron también algunos príncipes del Cáucaso a designar al Czar como árbitro en las luchas que tenían entre sí. En tiempo del czar Boris se presentó un ejército ruso en el Cáucaso, pero encontró allí su ruina. No pocas veces aparecieron diplomáticos rusos en el Cáucaso durante el siglo XVII, y representaron cierto papel en las infinitas pequeñas guerras promovidas entre los príncipes de Kaketia, Imeretia, Grusia y Karthalinia. También los embajadores de estos príncipes se presentaron en Moscou desde mediados del siglo XVII a pedir auxilio contra Persia. El príncipe de Kaketia mandó a decir al czar Alejo por medio de sus embajadores que, ya que el Czar había ayudado a los habitantes de la Pequeña Rusia en la guerra sostenida por estos contra Polonia, debía asimismo auxiliar al príncipe de Kaketia.

Pasó mucho tiempo sin que se viniera a parar a un conflicto con Persia por causa de los príncipes caucásicos: los intereses comerciales de Rusia hacían desear el sostenimiento de la paz en el Sudeste. En Rusia, lo mismo que en la Europa occidental, se daba mucha importancia a la vía co-